

Una mirada a la alianza bolivariana desde la perspectiva del sistema-mundo*

Daniele Benzi

Universidad Nacional Autónoma de México - UNAM y
Universidad de la Calabria (Italia)
danielebenzi@hotmail.com

Crisis hegemónica y globalización

Una caracterización abstracta, determinista, en muchos casos eufórica, frecuentemente ha presentado a la *globalización* como si estuviese ocurriendo (o hubiese ya ocurrido) en un *vacío de poder*, esto es, como el resultado de impulsos automáticos, y no menos enigmáticos, del mercado. (Saxe-Fernández; Delgado Ramos, 2004: 11)

Tras el agotamiento de las fórmulas keynesianas de regulación social en los Estados de “bienestar” del centro; interrumpidas o, más a menudo, fracasadas las distintas variantes de “desarrollismo” en los países periféricos; y, finalmente, a raíz del colapso del bloque soviético, el neoliberalismo ha sido vendido como una nueva y única receta para los problemas del “desarrollo”. *There is no alternative*, nos repetía la Señora Thatcher, ocultando así lo esencial: el hecho de haber sido una estrategia global, eso sí, pero nacida con el preciso objetivo de restablecer la primacía de los Estados Unidos entrada en crisis, por diferentes razones, hacia finales de los años ‘60. En esta línea de reflexión, merece la pena recordar las palabras que Henry Kissinger pronunciara el 12 de octubre de 1996 frente a los estudiantes del Trinity College de Dublín: “Globalización es simplemente otro nombre para designar el dominio de los Estados Unidos”.

Desde la perspectiva de análisis del sistema-mundo, es posible aislar distintos factores que ayudan a explicar la naturaleza política de lo que McMichael (1996) ha eficazmente nombrado como el pasaje del “proyecto desarrollo” al “proyecto globalización”. Entre los más importantes habría que destacar los siguientes: la crisis productiva y comercial estadounidense contrapuesta a la total recuperación, hacia mediados de los ‘60, de Europa Occidental y de Japón, así como la intensificada competencia por parte de los países de reciente industrialización; la crisis del sistema monetario internacional; la del modelo energético; y, finalmente, la del modelo fordista de crecimiento nacional.

Giovanni Arrighi, por su parte, presenta al neoliberalismo puro y sencillamente como una *contrarrevolución del capital*; un fenómeno que ha desplegado exitosamente una vehemente batalla contra los trabajadores del Norte y el Tercer Mundo en su conjunto. No obstante, pese al éxito momentáneo, los resultados han sido muy dispares. Siguiendo en este razonamiento al estudioso italiano, se puede resumir el panorama surgido tras la tormenta neoliberal (o la euforia globalizadora) de esta manera:

En primer lugar, en los años ‘90 los Estados Unidos lograron revertir el relativo declive de los ‘60 y ‘70, mas este revés ha sido enteramente compensado por el deterioro de la posición relativa de Europa del Oeste y del Sur y de Japón. En segundo lugar, en los años ‘80 tanto África Subsahariana como América Latina experimentaron un declive aún mayor del que no se han recuperado todavía, seguidas en los años ‘90 por un declive relativo igualmente significativo de la antigua Unión Soviética. En tercer lugar, los grandes ganadores han sido los países del Sureste asiático y Japón hasta 1990 y la India y la China en los años ‘80 y

'90, aunque los avances logrados por ésta han sido mucho más sustanciales que los de la India. (Arrighi; Zhang, 2009: 4-5, la traducción del inglés es mía)

Es decir, la crisis que entre los '60 y los '70 puso fin al funcionamiento del engranaje capitalista que había dado vida a los “treinta años gloriosos”, ha marcado una paulatina reconfiguración de los centros, semiperiferias y periferias en la economía política y jerarquía de poder del sistema internacional.

El historiador británico Eric Hobsbawm (2010) ha sintetizado en cinco puntos las diferentes tendencias que sustentan la hipótesis de una transición histórica de gran envergadura, tanto geopolítica como de las bases sobre las cuales se realiza la acumulación a escala mundial: 1. La crisis general del capitalismo internacional; 2. El paulatino desplazamiento del bariocentro de la economía mundial del eje del Atlántico del Norte al Sur-Sureste asiático; 3. El clamoroso fracaso del intento estadounidense de mantener en solitario la hegemonía mundial después de 2001; 4. La aparición como entidad política de un nuevo bloque de países en desarrollo, los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica); 5. La erosión y el debilitamiento sistemático de la autoridad de los Estados: de los Estados nacionales dentro de sus fronteras y, en muchas áreas del planeta, de cualquier clase de autoridad estatal efectiva. Sin embargo, como se argumentará en seguida, pareciera que frente al debilitamiento, al menos en algunos casos, estaríamos asistiendo a una recuperación de dicha autoridad; y que, por paradójico que pueda aparecer, tanto los procesos de integración regional como la nueva cooperación Sur-Sur estarían jugando un papel importante en esta dirección.

Por otra parte, se multiplican las señales de los que, en la perspectiva histórico-comparativa de Arrighi y Silver (2001:

276), serían síntomas inequívocas de la crisis de un orden hegemónico, tales como la intensificación de las rivalidades interestatales, una mayor competencia entre las empresas, la agudización de los conflictos sociales y, *last but not least*, una expansión financiera a escala sistémica probablemente sin precedentes y al borde del colapso.

A todos estos elementos, por último, desde luego hay que añadir el tema ambiental, que confiere a la actual crisis una dimensión inédita o, al menos, de proporciones antes desconocidas. La ya prolongada explotación y mercantilización del medio ambiente, aunada a la progresiva escasez de recursos naturales esenciales al desarrollo capitalista y patrón civilizatorio dominante, empujan a una renovada carrera de acaparramiento de tierras y recursos estratégicos no renovables a escala mundial. Las prácticas eficazmente bautizadas por David Harvey (2004) de “acumulación por desposesión” estarían prefigurando, entonces, también una reorganización geopolítica del territorio planetario sobre las bases de la “seguridad ambiental” y del acceso a estos recursos, estancando la cooperación interestatal en materia, y provocando conflictos y costos humanos y ambientales crecientes.

“Lo único cierto – en palabras del geógrafo inglés– es que estamos en el medio de una transición fundamental del funcionamiento del sistema global y que hay una variedad de fuerzas en movimiento que podrían fácilmente inclinar la balanza en una u otra dirección” (Harvey, 2004: 124). Y continúa:

También sabemos que la trayectoria económica de Asia es clave, y que EUA todavía tiene dominio militar. Como lo señala Arrighi, esta es una configuración única. [...] EUA, cuya hegemonía durante el período inmediatamente posterior a la posguerra se basaba en la producción, finanzas y poder militar, perdió su superioridad productiva luego de

los '70 y bien puede estar perdiendo su dominio financiero, quedándose únicamente con el poderío militar. (Ibidem)

No obstante, a raíz de la cruzada emprendida por la administración Bush, junto al paulatino e incontenible derrumbe de los castillos financieros construidos para contrarrestar el declive de la economía “real” estadounidense, el proyecto reaccionario para un “Nuevo siglo americano” parecería ya cosa del pasado. Y la hegemonía *yankee*, convertida en una desastrosa tentativa de dominación global. (Arrighi, 2007) En efecto, tal como ha planteado recientemente Immanuel Wallerstein (2010: 40-41), la proclama de G.W. Bush acerca de una supuesta “misión cumplida” se ha vuelto, en un breve lapso de cinco años, en un “chiste rancio”.

Expresiones como “caos sistémico” (Arrighi y Silver, 1999; Arrighi, 2007) o “desorden geopolítico masivo” (Wallerstein, 2010), reflejan muy bien la incertidumbre actual.

Mundo multipolar, regionalismo estratégico y cooperación Sur-Sur

La noción de un nuevo *Beijing Consensus* parece hasta la fecha realmente prematura, sin embargo Joshua Cooper Ramo (2004) puede afirmar acertadamente que:

El Washington Consensus ha dejado un rastro de economías destruidas y amargos sentimientos alrededor del globo [...]. La nueva aproximación de China al desarrollo [...] se define por una viva defensa de los intereses y fronteras nacionales, y por una creciente [...] acumulación de instrumentos de proyección de poder asimétrico [...]. Mientras que los EUA están persiguiendo políticas unilaterales enderezadas a proteger los intereses de Estados Unidos, China está reuniendo los recursos para eclipsar a EUA en muchas

áreas esenciales de los asuntos internacionales [...]. (cit. en Arrighi; Zhang, 2009: 28, la traducción del inglés es mía)

No se trata exclusivamente de la posición de China, aunque evidentemente esa nación juegue de momento un papel destacado. Países como India, Brasil, Rusia y Sudáfrica, así como el perfilarse de inéditas alianzas, bloques regionales y nuevos esquemas de cooperación Sur-Sur, más que en un improbable *Beijing Consensus*, hacen inclinar la mirada hacia un posible (pero meramente eventual) resurgimiento del espíritu de Bandung sobre nuevas bases.

Por otro lado, al mismo tiempo y hasta la fecha, no podría excluirse alguna forma de cooptación parcial o total por parte de los países centrales de los grandes “emergentes” donde hoy día se concentra el grueso de la acumulación y liquidez mundiales, ni tentaciones reaccionarias globales o más bien localizadas regionalmente como las ocurridas en las últimas décadas. Las nociones de “imperialismo colectivo” (Amin, 2004) o de “multipolaridad opresiva” (Katz, 2009), que reemplazaría o simplemente se sumaría al imperialismo de la triáde, sustentan esta hipótesis. En este sentido, como se ha visto, hay señales contradictorias en el plano político y militar mas, sobre todo, en la esfera económica, pues, escasos elementos para intentar pronósticos que vayan más allá de las meras conjeturas.

Lo que parece cierto, en todo caso, es que por más que cada uno de los países mencionados más arriba intente formas alternativas de abrir (o reabrir) espacios para una lenta y progresiva multilateralización de las relaciones e instituciones internacionales, ninguno de ellos parece hasta la fecha haber experimentado o querer experimentar cambios significativos más allá de la lógica capitalista: ni en los patrones de acumu-

lación y desarrollo dominantes (sobre todo en lo que se refiere al medio ambiente y a los modelos de consumo) ni en los mecanismos de democracia interna, liberal o “socialista de mercado”. Tal como resalta Alain Gresh (2008) desde las páginas de *Le Monde Diplomatique*: “Ninguno de estos Estados está animado por una ideología global, como lo estaba la Unión Soviética. Ninguno se presenta como un modelo alternativo. Todos han aceptado, en mayor o menor medida, la economía de mercado. Pero ninguno piensa en transigir con sus intereses nacionales”. La defensa del interés nacional y la “vuelta” del Estado como actor internacional estratégico y agente económico representan pues las verdaderas novedades, vislumbrándose, en palabras de Theotonio Dos Santos (2010: 43), “un nuevo sistema mundial que se regirá muy claramente por fuertes capitalismo de Estado”. “Durante este periodo de transición – añade el analista brasileño – las potencias continentales y las integraciones regionales jugarán un papel muy importante para organizar este nuevo sistema mundial” (Ibidem).

La integración mediante la constitución de compactos bloques económicos, tan difundida hoy día a escala mundial, refleja indudablemente la búsqueda de respuestas eficaces a las incertidumbres que pone el desregulado avance de una globalización competitiva y asimétrica. En este sentido, se trata de procesos cualitativamente diferentes a los empezados en los años '60 y '70 bajo la misma etiqueta. Lo que da origen a esta nueva fase es “el salto registrado en la mundialización” que “induce a gestar bloques zonales en todo el planeta con propósitos defensivos u ofensivos” (Katz, 2008: XVI). Una actitud muy claramente reflejada, además, por la postura que adoptan las potencias occidentales, acrecentando las presiones para incorporar las regiones periféricas y/o emergentes en su área de influencia y expansión. A partir de los repetidos fracasos de

las negociaciones multilaterales en la OMC, este proceso ha conocido una aceleración aun mayor.

Es en este contexto que Alfredo Guerra Borges (2009: 7-11) emplea la noción de *regionalismo estratégico*:

un giro histórico insinuado desde los años noventa en que la integración regional se utiliza como instrumento para promover los intereses de las alianzas del estado y las empresas transnacionales para salir al paso del deterioro de su influencia en la economía mundial. El regionalismo estratégico no persigue el interés mundial sino el interés de su respectivo bloque económico; es toda forma de política económica internacional que tiene como objetivo establecer una relación de fuerza y ventaja comparativa en los mercados internacionales, apoyándose tras este objetivo en el regionalismo económico.

Ésto, indudablemente, marca también un parteaguas histórico con la cooperación Sur-Sur de antaño. Tanto a nivel regional, en donde el énfasis está puesto en los distintos esquemas y mecanismos de integración, como interregional o multilateral global, en donde predominan ora las relaciones económicas y alianzas intercontinentales (como el IBSA o el grupo BRICS), ora las acciones coordinadas en los organismos internacionales (como el G20 o el G90), se asiste a un resurgimiento de la cooperación Sur-Sur hoy en día sustentada en la envidiable posición alcanzada por los “nuevos emergentes”. Es decir, una cooperación orientada mucho más pragmáticamente por intereses político-económicos que ideológicos. Como parte importante de ese programa, los así llamados países de “renta media” y, sobre todo, las nuevas potencias en ascenso, además de seguir siendo la mayoría de ellas receptoras de ayuda internacional, profundizan en el papel de “donantes emergentes”,

por lo demás asumido desde hace ya varias décadas, compi-
tiendo o juntándose con los donantes tradicionales tanto bila-
teral como multilateralmente.

Si bien en términos generales la cooperación Sur-Sur si-
gue siendo más conveniente para los países beneficiados frente
a la Norte-Sur – pues se caracteriza por una mayor horizon-
talidad y consenso, sin condicionalidades políticas relevantes
y bajos costes relativos – también es cierto que reproduce, y
aceleradamente, algunos de los efectos perversos típicos del
patrón Norte-Sur: intercambio desigual, dependencia econó-
mica y profundización de modelos primario-exportadores,
desigualdad de beneficios dentro de los esquemas de integra-
ción regional, además de seguir en diversos casos las prácticas
odiosas de la ayuda “atada” y ciertas formas de paternalismo
en las relaciones políticas.

Cabe recordar, en todo caso, que no se trata de algo total-
mente nuevo. Ya a finales de los años ‘60 Ruy Mauro Marini
(1969) acuñaba el concepto de *subimperialismo* para explicar
estos fenómenos. Y con objetivos diferentes pero en la misma
línea de argumentación, desde hace mucho Wallerstein (1974)
emplea la categoría de *semiperiferia* en su análisis del sistema-
mundo capitalista. Ambas expresiones recobran hoy día mucha
actualidad, pues “permiten captar el dinamismo contradictorio
del capitalismo” que “periódicamente transforma las relacio-
nes de fuerza en el mercado mundial” (Katz, 2009).

Si tradicionalmente se ha incluido en el marco de la coo-
peración Sur-Sur no sólo a la ayuda y a la asistencia técnica,
sino cualquier forma de colaboración económica y las corrien-
tes comerciales, las inversiones productivas y financieras (pú-
blicas y privadas), etc., parecería haber llegado la hora para
una profunda revisión conceptual.

Algunas implicaciones para América Latina

La crisis que el subcontinente vivió en las últimas tres décadas constituye parte esencial de la más amplia transformación que el sistema capitalista ha experimentado a escala mundial. La estrategia dominante de reestructuración emprendida desde la mitad de los '70 ha encontrado en la región, cómplices la represión de las dictaduras militares y la trampa de la deuda, su cuna y un laboratorio privilegiado de experimentación. El resultado de este proceso ha significado para Latinoamérica una renovada fase de apertura y cada vez más estrecha integración a la estructura productiva, comercial y financiera mundiales. De ningún modo, sin embargo, se ha dado una recuperación del crecimiento económico que no haya sido en seguida interrumpida por crack financieros, o una mayor estabilidad política y más equitativa redistribución de la renta, y menos que nunca ambas. Al contrario, tras casi treinta años de distintas etapas marcadas por el neoliberalismo, el balance general es crítico y bien documentado por los innumerables relatos del “saqueo” y las cifras, sobre indicadores socioeconómicos, despiadadas.

Como es bien sabido, sin embargo, ha ido madurando en este contexto un heterogéneo y masivo frente de oposición al neoliberalismo como doctrina económica y a sus herramientas de gobierno. En muchos países se ha ido evidenciando paulatinamente la fragilidad de los “pactos” de transición post-dictatorial y la debilidad del sistema tradicional de partidos que los habían negociado y representado, propiciando las condiciones para la puesta en marcha de diferentes proyectos políticos más o menos alternativos al “modelo”. Finalmente, el desprestigio en el que se hundieron las dos “gemelas de Bretton Woods” – FMI y BM – por su gestión inadecuada y nada neutral de la crisis de la deuda y la imposición de los planes de ajuste es-

tructural, ha puesto en primer plano reconsiderar su papel para el desarrollo de la región.

En suma, subrayando lo esencial desde una óptica progresista, esto es, la emergencia de nuevos sujetos políticos y sociales (y el amplio abanico de posibilidades que entreabre esa situación), Julio Gambina (2008: 1-2) ha descrito muy eficazmente el panorama de los últimos años en estos términos:

Son años de profundos cambios en la correlación de fuerzas sociales, políticas e ideológicas [...]. Pero aun siendo la dinámica social la condición necesaria de los cambios, no explica la totalidad de los mismos, pues el dato relevante proviene de la posibilidad política para que esa manifestación de poder popular incida en la gestión de gobierno para disputar el orden social, tanto local como global. Nuestra afirmación se vincula al hecho de que no todas las revueltas populares han significado mutaciones en la cuestión del poder y mucho menos en abrir paso a una política de modificación de las relaciones sociales de producción que apunten a eliminar el sustento social derivado de la explotación. El nuevo dato de la realidad regional resulta del surgimiento de nuevos sujetos políticos que empiezan a discutir y reorientar el rumbo del orden social vigente.

Desde una perspectiva histórica más amplia, los últimos dos siglos de América Latina han sido profundamente marcados por la constante injerencia política, económica y militar de los EUA. La pretensión hegemónica de excluir la influencia de otros países manteniendo firme su propia es un hecho fácilmente constatable y determinante para la evolución del continente.

La capacidad norteamericana de presión directa en el área se ha debilitado bastante en años recientes. Maniobras unilaterales y descaradas como las del pasado no deberían constituir

jamás una opción viable en el nuevo contexto latinoamericano. En repetidas ocasiones, los nuevos líderes han mostrado en sus relaciones con el vecino del Norte una solidaridad entre sí impensable hace sólo algunos años.

No obstante, el activismo estadounidense sigue siendo muy agresivo. Frente a la incapacidad de proponer una alternativa a una opción comercial hemisférica única como el ALCA, hostigada firmemente por los movimientos populares y rechazada por aquellos gobiernos y grupos capitalistas que consideraron las condiciones establecidas desventajosas para sus países e intereses, los Estados Unidos contrataron presionando a sus aliados para conseguir Tratados bilaterales de libre comercio (TLCs). Además, la tentación a una persistente penetración militar – a través de los planes supuestamente de lucha al narcotráfico y al terrorismo, la reactivación de la IV Flota, las maniobras en el Gran Caribe, etc. – así como el uso de todas las herramientas diplomáticas y de inteligencia a su alcance para desestabilizar los gobiernos no alineados, evidencian una presencia que sigue siendo muy fuerte. El golpe en Honduras, los nuevos acuerdos de cooperación y maniobras militares y la reocupación *de facto* de Haití tras el terremoto, ponen hoy día de manifiesto esta situación.

En este sentido, parece muy aguda la intervención que John Saxe-Fernández hiciera en la edición de 2009 del Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo de La Habana:

Al calor de esta crisis – dijo – muta la ecuación del poder mundial con un perceptible deterioro hegemónico de los Estados Unidos [...] en dos fundamentos de ese poder: el dólar y el Pentágono (la fuerza militar) [...]. El proteccionismo regional en curso, tipo Tratado Americano de Libre Comercio, se acentúa en el corto y mediano plazo. Se trata

además de regionalismos comerciales, monetarios y también de seguridad [...]. Es en este contexto de crisis y contradicciones, de vinculaciones y desvinculaciones, que es necesario tener presente la propensión de Estados Unidos a utilizar América Latina - no es un “patio trasero”, porque es un concepto que no nos da la real dimensión de lo que es el asunto, es “reserva estratégica” - como plataforma de relanzamiento después de sus hundimientos militares en Eurasia.

La cada vez más profunda dependencia estadounidense de los recursos naturales de la región, considerada desde hace tiempo un asunto de “seguridad nacional”, vuelve la advertencia del sociólogo mexicano aun más inquietante. Así, en efecto, tras un cuidadoso análisis de los documentos disponibles, Giancarlo Delgado Ramos (2010) evidencia que la “geopolitización de los recursos” y la “seguridad ambiental”, ambas prioridades estratégicas para los Estados Unidos, van de la mano con la penetración militar mencionada arriba.

Es muy razonable, entonces, que diversos gobiernos de la región, particularmente los que se encuentran bajo amenaza directa por sus enormes reservas de petróleo, gas, minerales y biodiversidad; escaso alineamiento y “populismo de izquierda”, entretejan relaciones de cooperación militar y mucho más allá de lo militar cada vez más estrechas con actores internacionales estratégicos (China, Rusia, Iran, etc.).

Finalmente, además del modo en que la política exterior estadounidense incidirá en los procesos latinoamericanos, al alba de una era post-neoliberal y quizás de un “siglo post-americano”, resulta imprescindible hacer referencia a la postura de Brasil, puesto que, como advierte Katz (2009), “Todo indica [...] que Brasil busca ocupar los espacios creados por la crisis de dominación estadounidense”, aunque sin chocar frontalmente con la primera potencia. La apuesta brasileña por un

sistema multipolar capitalista regido por las reglas del regionalismo estratégico, en el que América Latina (o el Cono Sur por lo menos) se constituya en uno de los polos de la nueva configuración geopolítica internacional, es explícita. Queda por ver como el gigante en ascenso ejercerá su liderazgo regional.

Éste parecería un plausible marco de referencia para situar el rompecabezas de la integración latinoamericana; pues, a pesar del interés y pragmático activismo hacia los procesos integracionistas de los últimos años, el panorama actual aún se presenta “como un periodo de transición, sin modelos claros, un mayor grado de politización de las agendas y, como consecuencia, más dificultades para generar consensos” (Sanahuja, 2009: 24). Es decir, más allá de algunos importantes aciertos, la multiplicación de iniciativas a través de lo que se ha eficazmente nombrado como “Diplomacia de Cumbres” o “Sopa de letras”, no ha logrado hasta la fecha diseñar una visión estratégica y agenda regional de largo plazo realmente compartida. Más bien, la proliferación de siglas y acuerdos (complementarios, superpuestos, contradictorios o explícitamente en pugna) sigue siendo una característica relevante del área.

No obstante, Sanahuja identifica también algunas tendencias claras y relevantes, tales como: 1. La primacía de la agenda política; 2. El retorno de una “agenda del desarrollo”; 3. Un papel reforzado de los actores estatales; 4. Una cooperación más intensa en ámbitos no comerciales y la aparición de una agenda renovada de paz y seguridad (que trata de limitar el papel de Washington en los asuntos regionales); 5. Una mayor preocupación por las asimetrías y la agenda social de la integración (con énfasis en los ODMs y especialmente en la “lucha” contra la pobreza); 6. Una mayor atención por las carencias en infraestructuras (tanto para la articulación de los mercados internos como, sobre todo, para facilitar el acceso

a mercados externos); 7. Mayor énfasis en la seguridad energética y búsqueda de complementariedades en este sector; 8. La búsqueda de fórmulas para promover la participación de la ciudadanía y de los movimientos sociales (si bien lo alcanzado queda muy lejos de lo deseable).

La situación más conflictiva, no caben dudas, se manifiesta con respecto al modelo de desarrollo y, en consecuencia, de inserción internacional. Los intereses de los Estados, del sector privado y de los movimientos sociales, articulados o enfrentados entre sí, de ninguna manera parecen converger establemente. Las disyuntivas acerca de un patrón primario-exportador, de un modelo neodesarrollista, una combinación entre ambos o la búsqueda original de otras formas, alternativas, de “desarrollo”, están sobre la mesa.

En este sentido, pareciera existir una especie de esquizofrenia entre la integración política, donde efectivamente se han registrado avances en términos de una mayor autonomía regional y donde se proclama la prioridad del “desarrollo interno”, y la propiamente económica, en la cual las estrategias dominantes tanto nacionales como de proyección regional replican, si bien con características nuevas, los modelos primario-exportadores del pasado, a menudo acompañados por un incipiente neodesarrollismo que, en cualquier caso, sigue en gran medida orientado hacia el exterior.

Desde la perspectiva geopolítica y geoeconómica, la UNASUR (bajo liderazgo brasileño) y el Proyecto Mesoamérica (como área de influencia norteamericana y proyección estratégica hacia todo el eje del pacífico) parecen ser actualmente los grandes ejes articuladores de las propuestas políticas y de los esquemas subregionales de integración económica propiamente dichos. La Alianza Bolivariana, sin un perfil netamente claro todavía, está en medio.

Los acuerdos de libre comercio con los países del Sudeste Asiático y con los “nuevos emergentes”, además, sumándose a la proliferación de negociaciones y tratados de libre comercio Norte-Sur ya suscritos, complican aun más el tránsito de América Latina hacia la consolidación de su propio “regionalismo estratégico”.

El ALBA al atardecer del neoliberalismo

Tal como afirma Norman Girvan (2008: 1), “sin ignorar los elementos específicos y característicos, hay que considerar la Alianza Bolivariana como una manifestación del proceso de reconfiguración de las relaciones regionales e internacionales y de la economía mundial; un proceso marcado por el relativo declive del poder de los Estados Unidos y la emergencia de nuevos polos geoeconómicos de influencia” (la traducción del inglés es mía). Dicho eso, los “elementos específicos y característicos” mencionados por el analista jamaicano, habría que buscarlos en las modalidades de cooperación Sur-Sur que promueve y en la manera en la que se inserta como organización en las dinámicas regionales.

El ALBA se presenta básicamente como un mecanismo para conjugar aspectos relativos de cooperación internacional con elementos propios de la integración, considerando insuficientes las respuestas dadas por los tradicionales modelos para resolver los problemas estructurales originados en América Latina de la particular forma de inserción en la economía-mundo capitalista, y exasperados por la globalización neoliberal: las asimetrías entre países y las disparidades dentro de ellos. Por otro lado, su objetivo es servir también como una herramienta de defensa y apoyo para los gobiernos que están ensayando proyectos de cambio frente a las agresiones internas e imperialistas.

Se trata, sin dudas, de un genuino proceso *contrahegemónico*, cuyo punto de arranque se halla tanto en la experiencia iniciada desde 1999 en Venezuela, epicentro y “motor” del proyecto, como en la crisis terminal del “regionalismo abierto” de los ’90, culminada en 2005 con el fracaso del ALCA.

Un proceso contrahegemónico podría quedar ejemplificado como un recorrido a lo largo de tres fases consecutivas de resistencia y progresiva construcción de redes alternativas respecto a un modelo dominante, para culminar en la institución de nuevas políticas. El ALBA parece haber transitado exitosamente del momento de la resistencia, como proyecto regional alternativo al impulsado por los Estados Unidos – cuyos contenidos, sin embargo, quedaban en larga medida indeterminados –, a la construcción de redes alternativas – las relaciones bilaterales Cuba-Venezuela a las que se han sumado paulatinamente otros países –, moviéndose ahora lentamente hacia la institución de nuevas políticas. En todo caso, el tránsito de una fase a otra no es automático ni implica la superación o el agotamiento de las fases precedentes, de manera que los tres momentos se superponen e influyen recíprocamente en la dialéctica concreta entre los diferentes sujetos involucrados en el proceso de cambio.

En su esencia, es un proyecto político connotado por un fuerte elemento ideológico y de ruptura – por lo menos así es de entender para los países mayormente comprometidos – pero inicialmente definido negativamente por el rechazo de la unipolaridad a guisa estadounidense y la “utopía del mercado total” propia del neoliberalismo. En consecuencia, es un proyecto aún incierto tanto en los contenidos como imprevisible en la implantación y consolidación de las nuevas prácticas a instituir. En síntesis, un modelo embrionario en fase de definición, gestación y experimentación que, a partir de una coope-

ración integral y sin condicionamientos, trata de moverse hacia una integración alternativa. Un objetivo que en cierta medida recuerda la *desconexión* teorizada por Amin desde 1988 – concepto que por cierto aparece en el debate sobre el ALBA y de vez en cuando en los documentos oficiales de la organización -, que no se funda en un improbable e inverosímil repliegue autárquico, sino en la contraposición a los valores neoliberales de *especialización, comercio competitivo y cooperación selectiva y vertical*, de otros basados en la *diversificación interna y complementariedad con el exterior, comercio justo, y cooperación integral y horizontal*.

Existe otro importante elemento que es preciso destacar. La Cumbre de Mar del Plata, en 2005, ha marcado el punto de máxima convergencia entre gobiernos de izquierda o centroizquierda y movimientos populares. A partir de ahí, más allá de la oposición común frente al ALCA, el difícil camino de articulación programática entre estos dos sujetos se ha vuelto mucho más empinado en todos los países. El ALBA ha sido y de momento sigue siendo el único mecanismo que, por lo menos a nivel de proyecto, trata de complementar/lidiar entre las dos instancias. Según afirma Estay (2008: 154), en efecto, “Esos dos componentes del actual escenario regional constituyen la principal base de interlocución del ALBA, y en los hechos el proyecto bolivariano ha dirigido hacia ellos los esfuerzos y acciones de su propuesta integradora”. Sin embargo – continúa -, “se trata de espacios claramente distintos de interlocución, por más que frente a situaciones específicas pueda haber confluencia entre ellos [...]” (Ibidem).

Desde esta perspectiva, la novedad sustancial es que mientras por primera vez el tema de la integración ha sido incorporado en la agenda de los movimientos sociales, la Alianza Bolivariana se ha presentado desde su origen como un proyecto

para incorporar también esas demandas, presionando implícita y explícitamente para que otros esquemas hicieran lo mismo.

En resumen, el ALBA nace para dar proyección regional, esto es, legitimidad, voz y mayor capacidad de negociación a la construcción de una alternativa económica y política al modelo neoliberal en la que están comprometidas al propio interno la República Bolivariana y la Bolivia del Movimiento al Socialismo, recuperando y valorizando en este camino los aspectos cualitativamente mejores producidos por la revolución cubana – la excelencia en campo médico y educativo, además de una larga trayectoria de cooperación Sur-Sur - , buscando activamente el apoyo de toda fuerza política y social que se reconozca plena o parcialmente en el proyecto e incluyendo, por primera vez, a los movimientos sociales.

Desde otra perspectiva, la propuesta del ALBA, como propuesta eminentemente política, responde a los intereses de los actuales regímenes venezolano y cubano, a los que se agregan por afinidad ideológica y/o conveniencia económica otros países que destacan en el panorama regional por los elevados niveles de pobreza y debilidad de las respectivas economías.

Características y problemáticas esenciales

La estrategia del ALBA se ha articulado alrededor de cuatro grandes ejes o pilares: 1. Energético, que representa la base del proyecto y su propuesta “fuerte” en el campo de la integración económica (Petrocaribe, Petroandina y un sinnúmero de convenios bilaterales siglados por Venezuela); 2. Social, es decir las acciones emprendidas conjuntamente por Cuba y Venezuela en sus respectivos países, en los demás países miembros y hacia terceros (*Misiones sociales, Operación Milagro*, etc.); 3. Económico-comercial, donde destaca el TCP (Tratado

de Comercio de los Pueblos) y los convenios de intercambio compensado, así como los proyectos y empresas Grannacionales; 4. Financiero, es decir, el Banco del ALBA y el SUCRE (Sistema Unitario de Compensación Regional) como parte de una nueva arquitectura financiera regional.

Cada uno de estos ejes, cuyo análisis pormenorizado es imposible desarrollar aquí, presenta hasta la fecha niveles de concreción muy distintos, tanto en relación a los países y subregiones como al desarrollo de la organización.

En suma, Antonio Romero (2010) señala como indicios de una integración alternativa los siguientes aspectos: 1. La cooperación en lugar de la competencia; 2. La priorización de la dimensión social de la integración; 3. La complementariedad y la transferencia de tecnologías; 4. El privilegio de formas de propiedad social (si bien hasta la fecha básicamente estatal); 5. La previsión del trato especial y diferenciado y del comercio compensado.

Pese a estos importantes elementos de diferenciación respecto a otros esquemas, y más allá de los esfuerzos emprendidos por la intelectualidad militante del continente para respaldar teóricamente la construcción de una “integración alternativa”, el proyecto aún carece de elementos definitorios esenciales.

A pesar de los importantes resultados logrados, el ALBA se encuentra todavía en una disyuntiva, debido a la incierta pero indudable transición histórica del sistema-mundo capitalista y a las características que están tomando concretamente los procesos nacionales de los países miembros. Es decir, una clave de lectura se halla en el punto exacto en el que se entrecruzan los proyectos nacionales con la proyección regionalista e internacional de la Alianza en esta fase de transición geopolítica y geo-económica. En este sentido, es preciso analizar las disyuntivas y contenidos que dan cuerpo a la alternativa en su

totalidad, pues la característica de “alternativa” remite tanto a los procesos nacionales como al proyecto regional y proyección internacional de países que en principio declaran adherir y avanzar, cada uno a su manera empero con significativas influencias recíprocas, hacia el socialismo del siglo XXI.

Desde esta perspectiva resulta evidente que los gobiernos del ALBA ya se enfrentan, y seguirán enfrentándose cada vez más en el futuro, a una serie de dilemas imposibles de eludir, tanto de manera individual como colectiva.

¿Qué alianzas estratégicas establecer con otros países, bloques, esquemas de integración, el gran capital privado (nacional y transnacional) y los movimientos sociales? ¿Cómo resistir a los ataques (internos y externos) sin perjudicar la calidad de los procesos democráticos apenas empezados? ¿Qué empresas y sectores es necesario u oportuno nacionalizar y qué alianzas se deben forjar con los agentes económicos internos de cada país? ¿De qué manera se puede garantizar la eficiencia productiva de la cual se habla en los documentos oficiales sin repetir los errores y las fallas de los modelos estatistas del pasado? ¿Cómo compatibilizar un modelo de acumulación basado en los recursos fósiles y en fuentes de energía no renovable tomando en cuenta el respeto y la convivencia con la naturaleza en sociedades escasamente industrializadas y dependientes? ¿Cómo armonizar la exigencia de crear un excedente económico con la promoción de condiciones de trabajo digno en un terreno en extremo competitivo a nivel regional y mundial? ¿Cómo conciliar a mediano plazo las exigencias urgentes del presente (alta deuda social) con la planificación estratégica tanto en el interior de cada país miembro como en el espacio ALBA?

Resumiendo, como han planteado Nicolás Maduro y Rodolfo Sanz (2007:59):

El reto del ALBA es diseñar y más aún, edificar en la realidad práctica un sistema de producción e intercambio entre las naciones que lo integran, que a pesar de estar obligado a convivir, quizás por un largo tiempo con el capitalismo globalizado, logre trascender la lógica de la acumulación – ganancia, y simultáneamente pueda sostenerse sin llegar al colapso.

En torno a cuestiones como soberanía nacional y regional y antiimperialismo; estatismo y autonomía de los movimientos sociales y organizaciones de base; democracia y participación; neodesarrollismo, neoextractivismo y visiones de desarrollos alternativos o incluso alternativas al “desarrollo”; se articulan hoy de forma extremadamente compleja y contradictoria alianzas, convergencias, luchas y resistencias. Dentro de este marco, además, como sugieren Olvera y Chaguaceda (2010), habría que leer la tensión, a veces velada otras explícita, entre una izquierda tercermundista y nacionalista – sus bases conceptuales y modelos de organización estatal/partidistas – y el abigarrado movimiento altermundialista surgido sobre las cenizas del neoliberalismo.

Cualquier discusión al respecto no puede obviar el tema del modelo político y de desarrollo que se quiere construir, incluyendo en el análisis no sólo aquellos elementos novedosos y positivos que presentan estos procesos, sino también los rasgos que han caracterizado y aún persisten en los tres países mayormente comprometidos con el proyecto del ALBA, reflejándose en su proyección regional: el rentismo clientelista en Venezuela, la estructura dependiente y neocolonial de la política y economía bolivianas, las taras del soviétismo en la revolución cubana. La oscura sombra de un patrón extractivo y primario-exportador, combinándose con nuevos imaginarios desarrollistas, se entrevé además como la otra cara de un proyecto

emancipador que lucha en pos de otro modelo civilizatorio – el “buen vivir” - generando cada día más tensiones y conflictos.

Neoextractivismo, estatismo y políticas sociales en el ALBA-TCP

Todas las críticas que desde la izquierda se vislumbran hacia la Alianza Bolivariana se mueven alrededor de esos dos grandes temas: el patrón de acumulación y desarrollo por un lado, y el modelo político que se está implementando en los países miembros por el otro.

Los trabajos de Lander (2010), Gudynas (2009; 2010) y Acosta (2010) entre otros, muestran con claridad que la prioridad para países como Venezuela, Bolivia y Ecuador, por ejemplo, es poner en marcha estrategias viables de salida a lo que la literatura ha bautizado como “enfermedad holandesa”, “maldición de los recursos naturales”, “paradoja de la abundancia”, “crecimiento empobrecedor”, “maldesarrollo”, etc. Es decir, coherentemente con lo que dicen las respectivas constituciones y se proclama en el discurso oficial del ALBA, estos gobiernos deberían preparar las condiciones para una transición no traumática hacia una economía post-extractiva y “exportadora de naturaleza” que, más allá de algunas ventajas en el corto plazo, genera importantes distorsiones económicas y altos costos políticos, sociales y ambientales.

Acosta y Shuldt (2006: 81) sugieren que “todas las evidencias históricas señalan lo mismo: a la larga, la exportación de materias primas no renovables tiende a «desarrollar el subdesarrollo»”. Y esto, continúan los autores, “no es culpa exclusivamente del imperialismo, ni del Fondo Monetario Internacional, ni de la posesión de riquezas naturales, ni de las empresas mineras o petroleras. El problema radica en los gobiernos, los

empresarios e incluso la ciudadanía de nuestros países subadministrados [...]” (Ibidem).

La síndrome (e inercias) del “Estado mágico”, con capacidad de desplegar una cultura paternalista y del milagro, según el brillante análisis de Fernando Coronil (2002) para el caso venezolano, conlleva, además, perniciosas implicaciones políticas y sociales. La debilidad de las instituciones democráticas, los elevados niveles de corrupción, las prácticas clientelares y patrimonialistas y una mentalidad rentista difusa, son todos elementos en mayor o menor medida presentes en estos países. (Acosta, 2010)

El dato preocupante es que hasta la fecha no sólo ha habido escasas señales por parte de estos gobiernos para abandonar las sendas del “maldesarrollo”, sino que, siguiendo el *trend* regional, todo indica un incremento de las prácticas extractivas como eje de acumulación, configurando lo que Gudynas (2009) ha bautizado “neoextractivismo progresista”, cuyas características analiza en “diez tesis urgentes” de imprescindible lectura.

En el marco del ALBA, la predilección por los megaproyectos (refinerías, oleoductos e infraestructura para el transporte), acompañada con amplios programas sociales, muestra claramente la continuidad existente entre las diferentes realidades nacionales. Aquí interesa destacar el círculo perverso que se da entre la mayor captación estatal de la renta generada por los sectores extractivos y el financiamiento de programas sociales, que deriva en una revaluación del extractivismo, considerado indispensable para el “combate” a la pobreza y la promoción del “desarrollo”.

La docente cubana Lourdes Regueiro (2008: 325) ha señalado que: “En estos momentos, los pilares del ALBA están más asentados en la redistribución social regional de la renta

petrolera venezolana [...] que en estructuras económicas”. Sin embargo:

Un modelo alternativo debe trascender las políticas distributivas. Requiere construir la base económica que garantice la satisfacción de las necesidades del proceso de acumulación y permita ampliar y profundizar las políticas sociales. A su vez, el proceso de acumulación pone límites a las políticas distributivas, que no pueden irse por encima de la capacidad del sistema de sostenerlas, reproducirlas y ampliarlas.

En segundo lugar, si bien exista un consejo de movimientos sociales del ALBA, se trata de una cooperación que sigue centrada en los Estados. Eso es el reflejo de la tensión presente en los procesos nacionales y en las relaciones diplomáticas con otros países. Mientras que inicialmente se habían dado pasos concretos de apoyo a distintas organizaciones sociales, a las empresas recuperadas, a las cooperativas independientes, a los movimientos sin tierra, etc., en el plano oficial ya se habla poco de estas alianzas estratégicas. El proceso de institucionalización auspiciado por Gambina (2008: 28-29), para estabilizar “la política integral de articulación [entre] estados y movimientos”, no ha avanzado de forma sustancial.

Como sostiene Bendaña (2008), además, PDVSA es la contraparte directa de casi todos los proyectos estando a cargo de aspectos claves de la cooperación, de la supervisión técnica y financiera, privilegiando la relación directa con los gobiernos. Esta cooperación “estadocéntrica” no deja de crear preocupaciones por la transparencia y el control social, pues la información efectiva – y para todos los países - es muy escasa. En este sentido, sería sumamente importante realizar investigaciones focalizadas sobre el funcionamiento de las empresas

mixtas, la ejecución de los proyectos financiados y a financiar por el Banco del ALBA y todas las donaciones y líneas de créditos abiertas por el gobierno bolivariano.

En tercer lugar, como demuestran claramente los éxitos logrados por los convenios en salud y educación entre sus integrantes, el ALBA tiene notables potencialidades de desarrollo en el campo social. El esquema Cuba-Venezuela se está trasladando a otros países por medio de una triangulación fomentada por la República Bolivariana, puesto que es esta nación la que en la mayoría de los casos proporciona los recursos financieros necesarios. La *Operación Milagro*, así como el desarrollo de campañas de alfabetización y de vacunación en terceros países, se convierten en instrumentos concretos y directos de poder contrahegemónico. Es menester, entonces, abrir nuevos espacios para la investigación de campo, tanto sobre todos los casos de triangulación, como sobre el aporte cubano a las *Misiones bolivarianas* y en los demás países, puesto que ejemplos extraordinarios de participación en el diseño de las políticas sociales, pueden fácilmente volverse mecanismos rutinarios y meramente asistenciales. La reproducción de esquemas paternalistas típicos de la tradicional cooperación Norte-Sur o de las políticas sociales “focalizadas”, pero también de un socialismo que se ha quedado en el siglo XX - en donde proliferan dependencia, corrupción, clientelismo político y burocracias - es un riesgo muy concreto. “Bonocracias clientelares”, según la afortunada definición de Acosta. En el caso de Venezuela, por ejemplo, existen muchos indicios al respecto, que se comprueban puntualmente en el deterioro de experiencias que al principio fueron muy exitosas como *Barrio Adentro*.

El SUCRE, el TCP y otras cuestiones de la “integración clásica”

Como es bien sabido, la relación entre Cuba y Venezuela representa el “núcleo duro” del ALBA, a la que siguen la relación entre Venezuela y Bolivia, Venezuela-Nicaragua, Venezuela-Ecuador, etc. Es decir, a pesar de la convergencia reiterada en cada cumbre entorno a las cuestiones políticas y de ciertos avances en algunos proyectos y empresas Gran-nacionales, el eje articulador de las relaciones económico-comerciales dentro del ALBA es dado, por una razón obvia, por la presencia de la República Bolivariana. En este sentido, Antonio Romero (2010: 14) apunta que:

[...] por la naturaleza del proyecto ALBA-TCP y las disímiles condiciones – no sólo económicas sino también políticas y sociales – que existen entre sus miembros; en este proyecto de integración han predominado compromisos (o asunción de los compromisos del grupo) bilaterales aunque también hay de carácter plurilateral, focalizándose sectores o áreas prioritarias de cooperación donde pudieran existir necesidades perentorias, ventajas evidentes o donde se pudiera desarrollar la complementariedad.

Los compromisos asumidos con otros países y esquemas, además, se sobreponen a los del ALBA, generando “una membresía muy compleja” (Ibídem).

Con la parcial (y peculiar) excepción del eje Cuba-Venezuela, el intercambio comercial sigue siendo débil entre los integrantes de la Alianza. Frente a un ambicioso proyecto como el SUCRE, ha recordado el SELA (2009: 23) que “resulta necesario implementar un conjunto de políticas y acciones que permitan incrementar sustancialmente el comercio entre los países miembros”. Entre estas acciones, se encuentran priori-

tariamente la armonización de las normativas comerciales, financieras y tributarias en los pagos internacionales, a menudo incompatibles con el nuevo sistema “debido a medidas como el control de salida de divisas o los regímenes arancelarios y para arancelarios” (Lizondo Díaz, 2010: 3). Otra condición esencial subrayada por Wexell Severo (2010a; 2010b) es que no existan fuertes desequilibrios para que el funcionamiento del SUCRE sea útil y tenga sentido. El mecanismo, de este modo, daría mayores beneficios a aquellos países que tienen problemas crónicos con la divisa internacional. Éste, sin embargo, actualmente no parece ser el caso al interior del esquema. Como bien explica Rosales (2010: 2 y 10), “a pesar de que la base de sustento para la integración monetaria que propone el SUCRE es el intercambio comercial”, “el escaso dinamismo comercial y la poca diversificación económica de sus miembros implican sus principales desafíos”.

[en el ALBA] las asimetrías en el ámbito comercial son sustanciales. [...] Venezuela tiene un peso exportador del 80% del valor de los bienes comerciados en el área del SUCRE, que representan más de 7.000 millones de dólares [...]. Igualmente, Cuba es el principal importador con el 50%. Si se excluye el petróleo, Ecuador es el principal exportador con 34% (lo que equivale a unos 622 millones de dólares) y Venezuela ocupa el cuarto lugar detrás de Cuba y Bolivia, manteniendo una balanza comercial negativa en el sector no-petrolero. En general, todos los signatarios tienen entre sus principales productos de exportación materias primas, las cuales pueden rondar el 90% de su cartera de exportación para 2007 [...]. Bajo este escenario, los retos inmediatos del SUCRE radican en trascender la dependencia comercial en el petróleo venezolano, ampliar la capacidad exportable de las economías más pequeñas y contribuir con la diversificación productiva de los países tanto supera-

vitarios (ya que éstos mantienen sus balanzas comerciales sobre la base de la exportación de materias primas limitadas) como deficitarios del acuerdo. (Ibídem: 11-12)

Incrementar el comercio en sectores no tradicionales significa tener políticas industriales claras, concertadas entre los miembros en una óptica de verdadera complementación, y una clara división de roles y atribuciones entre actores públicos y privados.

En el caso del TCP, resulta de vital importancia estudiar en cada caso si los beneficios para los pueblos, su razón de ser, igualan a los de los exportadores de textiles y soya transgénica bolivianos, de la elite tecnocrática cubana, de los ganaderos nicaragüenses o de los empresarios venezolanos “amigos del ALBA”. A este propósito recuerda Katz (2008: 71) que no “conviene identificar automáticamente cualquier intercambio divorciado con el lucro inmediato con el bienestar popular”.

Existen numerosos antecedentes de esta modalidad de intercambio que favorecieron a las elites estatales o las burocracias opresoras. [...] También ha sido muy frecuente el uso de privilegios comerciales por parte de distintos gobiernos con finalidades diplomáticas, políticas o militares. (Ibídem)

Lo anterior lleva a ciertos autores particularmente escépticos a sostener que el ALBA no sería un proyecto de integración, sino más bien “un proyecto político y una estrategia de cooperación Sur-Sur que ni pretende, ni logra, integrar el espacio económico de sus miembros” (Sanahuja, 2009: 26). Por otra parte, en el marco de esta estrategia Sur-Sur, otros autores vislumbran en la postura del gobierno bolivariano, ni más ni menos que la proyección al espacio regional, del modelo rentista venezolano. (Curiel; Romero, A. 2009) Sin compartir

este nivel de criticismo, tampoco se puede afirmar que ambas posiciones estén totalmente equivocadas.

Conclusiones

Si bien incierta, la actual transición geopolítica y geoeconómica no trasciende la lógica capitalista de acumulación e intercambio en cuanto ejes articuladores del sistema internacional. La opción multipolar parece acompañada por el *regionalismo estratégico*, cuyo rasgo esencial en los países del Sur es dado por nuevas alianzas entre actores estatales y grandes capitales privados. En este sentido, como instrumento para definir y regular las modalidades de participación en el sistema global, la *integración* “no constituye un valor en sí misma, ni tiene implicancias espontáneamente progresivas”. Es más sencillamente una política, que “depende – pues - del modelo que asuma y de los intereses sociales que defienda” (Lander, 2004: 45; Katz, 2008: 87).

La Alianza Bolivariana ha optado por una integración desde “abajo” en cuanto proyección regional de gobiernos que, en principio, se identifican con los intereses populares. No obstante, a pesar de cierta convergencia en asuntos de política internacional, en países atravesados por múltiples fracturas, no se trata de gobiernos homogéneos en ninguno de los Estados miembros.

Si bien es cierto que “los contenidos de cualquier proceso de integración están fuertemente determinados por los principios, proyectos e intereses dominantes en el escenario económico, político y social interno de los países participantes” (Estay, 2008: 139), también aparece evidente tanto en el caso venezolano como en el cubano, boliviano o ecuatoriano, que no hay todavía un rumbo claro en relación a un nuevo modelo político y económico de desarrollo.

Es en este marco que la *cooperación*, la *complementariedad* y el *comercio justo* (concepto en principio distinto de la noción de comercio preferencial o subvencionado) – en cuanto principios articuladores de la propuesta ALBA - aún precisan de una mayor profundización teórica, cuya práctica, sin embargo, como quiera que sea choca inevitablemente con las relaciones políticas y económicas en un mundo integralmente estructurado por la lógica capitalista en la fase de *globalización* o, también, de *regionalismo estratégico*.

Tanto por razones económico-comerciales como de seguridad, la alianza con aquellos países que a partir de cierta concepción de “capitalismo benévolo” han optado por un mundo multipolar capitalista, se ha vuelto un asunto de vital importancia. Ésto, inevitablemente, junto al neoextractivismo como eje de acumulación y al neodesarrollismo como horizonte, crea tensiones tanto en las relaciones entre actores estatales y privados, como, sobre todo, entre gobiernos y movimientos sociales (en particular indígenas y campesinos).

La prioridad que en el ALBA se le otorga al social - si bien sus iniciativas se vean debilitadas por los rasgos estatistas y asistenciales que a menudo asumen como consecuencia del carácter neoextractivista/rentista de dichas economías y en primer lugar de la venezolana - define una de sus características más peculiares en relación con los demás esquemas regionales de cooperación e integración. Sin embargo, la verdadera puesta en juego de la Alianza Bolivariana, descansa sobre la posibilidad de poner en marcha un proyecto viable y sustentable en lo que se refiere a las esferas productiva, comercial, financiera y, finalmente, institucional. Esto marcaría el paso de un modelo alternativo de cooperación Sur-Sur a uno de integración alternativa. Los desafíos, pues, no son menores.

Bibliografía

- ACOSTA, A., SHULDIT, J. (2006). “Petróleo, rentismo y subdesarrollo: ¿una maldición sin solución?”, en *Nueva Sociedad* n.204, pp. 71-89.
- ACOSTA, A. (2010). “Maldiciones que amenazan la democracia”, en *Nueva Sociedad* n.229, pp. 42-61.
- AMIN, S. (1988). *La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico*, Madrid, IEPALA.
- AMIN, S. (2004). “Geopolítica del imperialismo contemporáneo”, tomado de <www.rebellion.org/docs/4549.pdf>, consultado en agosto de 2010.
- ARRIGHI, G., SILVER, B. J. (2001). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Ediciones AKAL.
- ARRIGHI, G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Ediciones Akal, Madrid.
- ARRIGHI, G., ZHANG, L. (2009). “Beyond the Washington Consensus: a new Bandung?”, tomado de <www.soc.jhu.edu/people/Arrighi/publications/Arrighi_and_Zhang_New%20Bandung_3-16-09_version.pdf>, consultado en diciembre de 2010.
- BENDAÑA, A. (2008). “Financiamiento alternativo para el desarrollo: el papel de Venezuela y el Alba”, tomado de <www.cadm.org/IMG/article_PDF/article_a3387.pdf>, consultado en enero de 2010.
- CORONIL, F. (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela – Nueva Sociedad.
- DELGADOS RAMOS, G. (2010). “Recursos naturales, seguridad y los ‘lily pads’ del Pentágono: el caso de América Latina”, en *Memoria* n.242, pp.4-11.
- DOS SANTOS, T. (2010). “Globalización, el futuro del capitalismo y las potencias emergentes”, en GANDASEGUI, M. A. (hijo), Castillo Fernández, Dídimo (comps.), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, México, CLACSO y Siglo XXI Editores, pp. 43-62.
- ESTAY, J. (2008). “El ALBA y sus espacios de desenvolvimiento”, en MARTÍNEZ, O. (comp.), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 136-158.
- GAMBINA, J. (2008). “A propósito de la integración en América Latina y el Caribe”, en MARTÍNEZ, O. (comp.), *cit.*, pp. 1-29.
- GIRVAN, N. (2008). “ALBA, PETROCARIBE and CARICOM: issues in a new dynamic”, tomado de <www.normangirvan.info/alba-

- and-petrocaribe-an-alternative-to-neoliberal-integration-norman-girvan/>, consultado en agosto de 2010.
- GRESH, A. (2008). “El Consenso de Pekín. Al alba de un siglo post-estadounidense”, en *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2008.
- GUERRA BORGES, A. (comp.) (2009). *Fin de Época. De la integración tradicional al regionalismo estratégico*, México, Siglo XXI Editores.
- GUDYNAS, E. (2009). “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”, tomado de <<http://www.extractivismo.com/documentos/capitulos/GudynasExtractivismoSociedadDesarrollo09.pdf>>, consultado en diciembre de 2010.
- GUDYNAS, E. (2010). “Si eres tan progresista ¿Por qué destruyes la naturaleza? Neoextractivismo, izquierda y alternativas”, en *Ecuador Debate* n.79, pp. 61-81.
- HARVEY, D. (2004). “El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión”, tomado de <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/harvey.pdf>>, consultado en noviembre de 2010.
- HOBSBAWM, E. (2010). “El siglo XX y el XXI, la clase obrera hoy”, tomado de <<http://www.siemprehistoria.com.ar/?p=965>>, consultado en enero de 2010.
- KATZ, C. (2008). *El rediseño de América Latina. ALCA, MERCOSUR Y ALBA*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, primera edición 2006, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- KATZ, C. (2009). “América Latina frente a la crisis global”, tomado de <www.rebelion.org/docs/81254.pdf>, consultado en diciembre de 2010.
- LANDER, E. (2004). “¿Modelos alternativos de integración? Proyectos neoliberales y resistencias populares”, en *OSAL*, año V, n.15, pp.45-56.
- LANDER, E. (2010). “¿Quién ganó las elecciones parlamentarias en Venezuela? ¿Estamos ante la última oportunidad de debatir sobre el rumbo del proceso de cambio?”, tomado de <<http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/Quién%20ganó%20las%20elecciones%20parlamentarias%20en%20Venezuela.pdf>>, consultado en diciembre de 2010.
- LIZONDO DIAZ, R. (2010). “El SUCRE y el tiempo de la emancipación real”, tomado de <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=116206>>, consultado en diciembre de 2010.
- MADURO, N., SANZ, R. (2007). “Construyendo el nuevo mundo posible”, tomado de <<http://www.bancoex.gob.ve/>>

- albaeconomiaoc07/00albaeconomia.html>, consultado en enero de 2010.
- MARINI, R. M. (1969). *Subdesarrollo y revolución*. México D.F., Siglo XXI Editores.
- MCMICHAEL, P. (1996). *Development and Social Change: A Global Perspective*, U.S.A., Pine Forge Press.
- OLVERA, A., CHAGUACEDA, A. (2010). “¿Hay democracia participativa en los países del ALBA?”, tomado de <www.envio.org.ni/articulo/4125>, consultado en diciembre de 2010.
- ROSALES, A. (2010). “El Banco del Sur y el SUCRE: (des)acuerdos sobre una arquitectura financiera alternativa”, tomado de <http://www.rls.org.br/informes/Banco_del_Sur_y_Sucre_Antulio_Rosales_.pdf>, consultado en enero de 2011.
- REGUEIRO, L. (2008). *Los TLC en la perspectiva de la acumulación estadounidense. Visiones desde el MERCOSUR y el ALBA*, Buenos Aires, CEA/CLACSO.
- ROMERO, C.; CURIEL, C. (2009). “Venezuela: Política Exterior y Rentismo”, tomado de <http://www.flacsoandes.org/internacional/publi_acade/venezuela/05romero_y_curiel.pdf>, consultado en diciembre de 2010.
- ROMERO, A. (2010). “La Integración y Cooperación en América Latina y el Caribe y la Emergencia de Nuevos Espacios de Integración: El ALBA-TCP”, tomado de <http://www.flacso.org/uploads/media/Ponencia_Antonio_Romero.pdf>, consultado en agosto de 2010.
- SANAHUJA, J. A. (2009). “Del ‘regionalismo abierto’ al ‘regionalismo post-neoliberal’. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina”, en MARTINEZ ALFONSO, L., Peña, L., Vazquez, M. (comps.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*, n.7, año 2007-2008, CRIES, pp. 11-54, tomado de <<http://www.cries.org/wp-content/uploads/2010/05/anuario-integracion-2008-2009.pdf>>, consultado en diciembre de 2010.
- SAXE-FERNANDEZ, J., Delgado Ramos, G. (2005). *Imperialismo y Banco Mundial*, Madrid, Editorial Popular.
- SAXE-FERNANDEZ, J. (2009). “América Latina-Estados Unidos: Dependencia Estratégica y Crisis”, ponencia presentada en el XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana.
- SELA (2009). *El Sistema Unitario de Compensación Regional (SUCRE): Propósitos, antecedentes y condiciones necesarias para su avance*,

- tomado de <[http://www.sela.org/DB/ricsela/EDOCS/SRed/2009/05/T023600003469-0-Sistema_Unitario_de_Compensacion_Regional_\(SUCRE\).pdf](http://www.sela.org/DB/ricsela/EDOCS/SRed/2009/05/T023600003469-0-Sistema_Unitario_de_Compensacion_Regional_(SUCRE).pdf)>, consultado en noviembre de 2010.
- WALLERSTEIN, I. (1974). *Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis*, New York, Academic Press.
- WALLERSTEIN, I. (2010). “¿Hacia dónde se dirige el mundo?”, en GANDASEGUI, M. A. (hijo), Castillo Fernández, Dídimo (comps.), *cit.*, pp. 37-42.
- WEXELL SEVERO, L. (2010^a). “SUCRE: un instrumento para la integración”, tomado de <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=101042>>, consultado en enero de 2011.
- WEXELL SEVERO, L. (2010^b). “Posibilidades para el avance del SUCRE”, tomado de <<http://www.alianzabolivariana.org/modules.php?name=News&file=article&sid=6980>>, consultado en enero de 2011.